

La batalla de Otumba.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1520.

I.

EUROPA Y AMÉRICA.

Region vestida de palmas,
y coronada de estrellas,
que el viento del mar sacude
tu arrogante cabellera.
Con tu manto de esmeralda,
y tus brillantes riquezas,
ven, hermosa, al himeneo
de otro mundo que te espera.
Y el sol que en rubor enciende
sangre vírgen de tus venas,
del jigante desposorio
la nupcial antorcha sea.
Sobre la ruina del orbe
un tierno abrazo se dieran
dos hermanos, bajo el llanto
de la bendicion paterna.
Uno á Oriente, otro á Occidente,
el hogar amado dejan,
sus adioses resonando
hasta perderse en las nieblas.
Y desde aquel triste dia,
peregrinos por la tierra,
la humanidad dividida
su antiguo lazo recuerda:

tiempos y espacios hollando,
razas y mundo se encuentran;
otro abrazo se repite,
y otras lágrimas, se mezclan.

II.

Mas entre pechos amigos
la discordia se intercepta,
y emponzoña los alientos
con el humo de su tea.
¡Himnos de gloria á Pizarro,
Colon, Ponce, Balbóa, Ojeda,
noble estirpe de Titanes
que asaltaron otra esfera!
Y á Hernan Cortés, que la espalda
de un nuevo jigante aferra,
que de sus brazos robustos
quiere romper la cadena.
Vate, pulsa el laud de hierro,
haz vibrar sus roncas cuerdas;
la patria cubre su rostro
con un manto de vergüenza.
¡Todo se ha perdido menos!...
No encaja aquí la sentencia;
tus hijos ván cual rebaño
vendido á baja moneda.
Y tú, pobre y fiel despojo
de lo que un dia fué América,
ven á gemir solitaria
del mar en la altiva peña,
donde su cetro estendido
y puesto el sol por diadema,
España contó sus pueblos
como un pastor sus ovejas.
Al paso de la calzada
de Méjico la soberbia,
á la marcha de españoles
los indios ponen barreras,
y con número espantoso
caen en terrible sorpresa,
y al fin de tantas victorias
faltó la fortuna adversa.
El ejército combate
con las sombras que le cercan;
á enorme usura se vende
cada ápice de existencia.
Salvos al fin por su esfuerzo,
¡horrible noche fué aquella!
Cada cual llama al amigo
y un ¡ay! lejano costesta.
Medrosos rayos de luna
sobre el lago amarillean,
y su sudario de nubes
baja á partir con la tierra.
Las mejicanas canoas
por las aguas verdinegras,
cruzan la Estigia laguna
en su derrota dispersas,
y con gritos de agonía
las saludan sus riberas.
Hernan Cortés, reclinado
bajo un árbol, sobre piedras,
cubierto se vé de sangre
algo suya, y mucha agena.
Una india á sus pies le mira,
su noble cintura estrecha,
y en sus rodillas apoya
blandamente la cabeza.
Flotando el tul trasparente
de su hermosa cabellera,
descansa en círculos de ébano
sobre el rocío y la yerba.
Suspiros del blando seno
las ondas del manto velan,
arca henchida de tesoros
y por lo henchida entreabierta.
¡Oh, errante mujer, que sigues
los verdugos de tu secta,
y cual guirnalda de esposa
ciñes la esclava cadena!
Otros á tu nombre añadan
nombres de honra ó de anatema;
de la conquista de un mundo
España te debe media.
El amor fué tu destino,
tu lealtad tu blason sea,
¿el corazon tiene patria,
ni enemigos la belleza?

III.

—¡Alto! Hernan Cortés esclama
enfrenando su audáz yegua,
y el ejército detiene
su marcha á la voz enérgica.
Delante vé de enemigos
muchedumbre tan inmensa,
que aún detrás del horizonte
la gran retaguardia queda.
En su brazo levantado,
todo un imperio blandea

el rayo de la venganza,
cauterio de las ofensas.
Con un esfuerzo jigante
hollar la fortuna intenta,
y mostrar á la invencible
si algo hay, que el teson no venza.
—Ya no somos ni dioses ni inmortales;
todo el poder de Méjico nos cerca,
y en la sangre española por escarnio
nos arrojan mojadas las saetas.
¡Hé aquí, valientes, en el borde estamos
de un porvenir de gloria ó de vergüenza!
no hay mas abrigo ya que los mosquetes,
¡la honra el solo prestigio que nos resta!
La voz de Cortés apagan
furiosos gritos de guerra,
que en sus valientes soldados
hierven la ira y la impaciencia.
Bélico estruendo retumba,
voces, caballos, cornetas,
y el pavoroso chirrido
de las armas que se aprestan.
Sus seiscientos españoles
forman el centro, en hileras
de batalla, á cada flanco,
mil valientes tlascaltecas.
El escuadron de ginetes
y los cabos de mas cuenta,
detrás en masa compacta
tirando ván de las riendas.
Hernan Cortés á galope
cruza como una centella
por delante de las filas
que al pasar le victorean.
Con sus ojos les anima,
con su ademan les arenga,
aquí dejando una afable
sonrisa, allí una advertencia.
¡Qué rica armadura viste!
¡qué gallarda gentileza!
¡al soplo de la victoria
cuán bien su plumaje ondea!
¡Marchen! resonó imponente,
y á la vibracion contesta
como golpe de batanes,
de los pasos la cadencia.
Los brazos la lanza afirman,
los rayos al hombro tercian,
y del gran valle de Otumba
pisan la llanura estensa.

Precipítanse corriendo
los indios á sus trincheras,
con tan discorde alarido
amenazan y denuestan,
capaz de clavar de espanto
en mitad de su carrera,
á los bárbaros de Atila
galopando sobre hienas.
Los penachos de colores,
són de comarcas diversas,
que al comun peligro vienen
con su gente y su nobleza.
Los miles mas escogidos
al gran general rodean,
sobre andas de oro llevado
con augusta preferencia.
Y de oro y ricos plumajes
alza su mano la enseña,
corazon de aquel imperio,
y desvastador profeta.
No albergó jamás la vida
en campo donde saliera,
su reflejo, es de la muerte
la sonrisa amarillenta.
¡Momentos de inquietud! ambos
ejércitos se contemplan;
¡fuego! entre gritos las mangas
de arcabuceros resuena;
el estruendo envuelto en humo,
la muerte en rayos envuelta,
La ira se arrojó al combate;
remoja sus fáuces secas
feroz libacion, con sangre
de las víctimas primeras.
Y abarcando con el giro
de su brazo, ambas potencias.
vierte la copa, como una
maldicion en sus cabezas.
Ya es imposible á los ojos
seguir las balas, las piedras,
ni de la horrible hecatombe
las desgarradoras quejas.
¡Cuán bien rajan las cuchillas
en las carnes indefensas!
¡y bajo las mazas, gimen
las resonantes rodelas!
Del morrion al restallido
cráneo y ojos saltan fuera;
los troncos despedazados,
las armaduras en piezas.

Ruidoso y fiero galope
de los caballos se acerca;
con sus brazos impetuosos
derriban tropas enteras.
Espanto dán los relinchos,
la monstruosa corpulencia,
la espuma que al rostro arrojan,
y su obediente fiereza.
Ancho campo ván abriendo,
que en cuanto pasan se cierra,
y montones de cadáveres
á su cansancio interceptan.
Una hora, otra hora agonizan,
cien mil mueren, cien mil quedan,
no se vén menguar los vivos
aunque hay mas muertos que yerbas.
—¿Señor, os volveis herido?
esclama la india, resuelta,
llegando á Cortés en medio
de la encarnizada brega.
—Preciso es morir, la dice.
—¿Morir, señor?—Ya no resta
mas noble esfuerzo.—Sí, ¡el último!
¡coged la imperial bandera!
—¡Marina!—Y Méjico es vuestro.
—Oh, adios, si vuelvo...—Con ella
señor, mis ruegos os guardan.
Cortés sus gefes congrega,
y detrás de él á galope
cuantos le escucharon vuelan.
Lanza en ristre y adelante,
fuerte brazo, vista ciega,
como un huracan de hierro
al pié de las andas llegan.
Y con el ímpetu mismo
Cortés su lanzon estrella,
y las andas colosales
al choque se bambolean.
Cuando un alevoso golpe
hiende su erguida cimera,
y por un instante puso
la victoria en contingencia.
Mientras los suyos en torno
los brazos le tienden, mientras
los vencidos reorganizan
incansable resistencia,
noble Juan de Salamanca,
tú, á la vacilante empresa
la áncora firme arrojaste
en el poder de tu diestra.
El caballo empantanado,
salta del caballo á tierra,
calle abriéndose entre lanzas,
como un tigre entre malezas.
Hiende, derriba, y la espada
por el estandarte trueca;
él quedó en su fuerte mano,
y en el pecho enemigo, ella.
—«Tened, señor;» de rodillas
á Cortés se lo presenta;
los dos valientes se abrazan;
un génio, y un soldado eran,
—«¡Dioses son!» los indios gritan.
Y como al viento las nieblas
la aterrada muchedumbre
busca güarida en las peñas.
Cortés así le responde,
mientras las parcas hambrientas
sobre el campo se detienen
rendidas y satisfechas.
—«Tomad, Juan de Salamanca,
bien lidiásteis, joya es vuestra;
quien tan noble formó el cielo,
digno es de humana nobleza.
Para vos y vuestros hijos
por timbre os lego la enseña,
en nombre del Dios que os guarda,
y del Rey que por mí os premia.»

J. C.



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.